

**AÑO
CERO
(y III)**

LA TECNICA, EL ULTIMO MITO

Una serie de **EDUARDO HARO TEGLEN**

PROBABLEMENTE esta situación histórica de la metamorfosis de una operación misionera en una operación imperial con todas sus agravantes es menos nueva de lo que los sorprendidos americanos suponen y he aducido ya el ejemplo de lo que me parece más paralelo, que es el imperio español en América, predominantemente misionero en su zona visible, con unos objetivos de tal forma elevados según la mentalidad de su tiempo que comprometían moralmente a toda la nación en el esfuerzo, pero infiltrado de algunos elementos rapaces que utilizaban en bene-

ficio propio el esfuerzo colectivo y que transformaron finalmente el sentido de la hazaña mientras fortalecían por todos los medios a su alcance el sostenimiento del imperativo ideológico que debía justificarles y asegurarles el esfuerzo de todos, de forma que lo que se llamó el «desastre» no pudo aislar el alcance económico del moral y del psicológico. La novedad histórica en el caso de los Estados Unidos no está tanto en esa inclinación insensible del ciudadano imperial a ejercer un dominio que no buscaba sino, por el contrario, la caída insensible y complaciente del

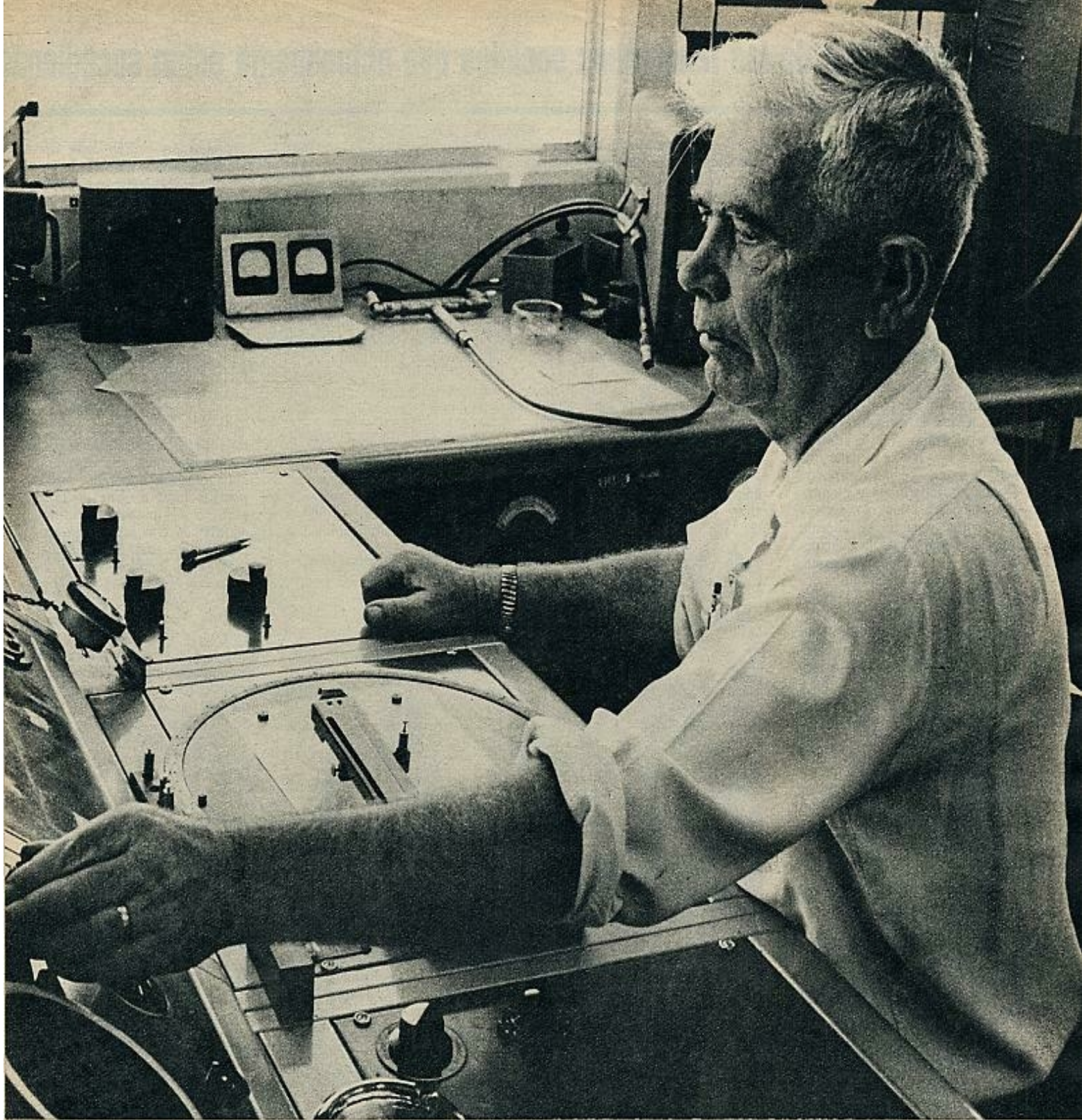
ciudadano provincial en manos del Imperio. Ha habido un fenómeno de autocolonización.

LA AUTOCOLONIZACION

Ese fenómeno es constante en la acción de los Estados Unidos. Sus primeras actuaciones en Hispanoamérica tenían ese aspecto misional de ayudar en la libertad a quienes se enfrentaban a la Corona de España. El error duró poco por parte de quienes les acogieron y la política del «gran bastón» tuvo que ser empleada para defender ese imperio, pero en el po-

der quedaba instalada, hasta hoy aún, una clase autocolonizada como intermediaria del poder imperial. Años más tarde la experiencia se realizaría en África y por un mismo reflejo de aceptación de una ayuda liberadora frente a los imperialismos europeos, realizados con escasos disfraces de misión. Pero el efecto más sorprendente ha sido el de Europa. Las dos apariciones americanas en Europa a las que antes me he referido, las de los ejércitos expedicionarios de las dos guerras mundiales, y su instalación posterior sobre la base de la ideología anticomunista, han





producido el mayor fenómeno de autocolonización insensible y voluntaria que haya conocido la historia, y por primera vez ha convertido en objeto a naciones de civilización muy elevada y situadas ellas mismas en posición hegemónica e imperial. Esta autocolonización ha tenido lugar mediante una extraña fascinación ideológica —la representación de la libertad— y objetal, por una civilización de «cosas», de técnicas, a veces con el simple valor de los espejuelos que los navegantes llevaban a los indios a cambio de oro, a veces —generalmente—, con un valor

superior. Cuando el pueblo francés inventó el vocablo «cocolonizar» estaba haciendo algo más que ingenio. Estaba describiendo el imperio de la pacotilla. Bardem y Berlanga tuvieron también algo que decir de esta curiosa introducción en «Bienvenido, Mr. Marshall». Generalmente, cuando se estudia con mayor envergadura el Imperio americano, se amontonan los datos de la invasión económica y de la situación de bases militares, pero se desdeña esta otra penetración fascinante, que es de una importancia primordial. Reducirla al oropel es absurdo. La penetración

ideológica americana se ha producido en las ramas de las ciencias y de las letras, en la técnica comercial e industrial, y en la vida cotidiana del europeo.

Estoy lejos de considerar que este fenómeno sea enteramente negativo, como puedan hacerlo los nacionalistas, aun los nacionalistas europeos, que consideran la inmisión de culturas extrañas como bastardías y que entienden que el nivel de la cultura europea no necesita de «impurezas» para sostenerse y elevarse. Creo, por el contrario, que se trata de una aportación importante y necesaria

«Uno de los nombres que se pueden dar a la enfermedad actual es la crisis de la técnica.

La derecha conservadora la acusa de "desafío al buen Dios", la izquierda espiritualista, como traición al humanismo; la izquierda materialista, como instrumento de dominación del poder mediante la "sociedad de consumo"...

Una gran parte de los fenómenos sociales que actualmente están sucediendo

y que probablemente lo que conocemos como cultura europea se habría anquilosado y esclerotizado hace mucho tiempo sin esta hibridación que creo, y antes lo digo, que Europa ha hecho fecundar «lo americano» con más fuerza aún, precisamente por la hibridación, de lo que hubiese fecundado si se hubiese aislado en su continente de origen. Estamos hoy muy lejos en países como España, conoedores de invasiones históricas, de rechazar lo que nos aportaron imperios violentos como lo fue el romano o como lo fue el árabe y, al contrario, podemos hoy medir el daño que nos hizo la «depuración» de elementos laboriosos y científicos como eran los moriscos y los judíos cuando la enorme fuerza de inercia de la descolonización nos condujo a expulsarlos. El actual reflejo anti-americano europeo —y, principalmente, francés— debería deslindar lo que la intrusión americana supone de explotación o de distorsión de los intereses propios y lo que tiene de aportación positiva, de fundación. El anticomunismo de los años de la guerra fría ha hecho perder a Europa occidental una parte importante de la hibridación con la experiencia soviética, y vemos hoy cómo los sectores llamados de izquierda, por negarse en aquellos momentos —y aún ahora— a todo examen cultural y profundo de la experiencia, a todo análisis que hubiese permitido la aceptación de lo válido y el rechazo de lo negativo, se han quedado fijos en unos principios decimonónicos que los sirven para adecuarse al mundo de hoy.

UN IMPERIO PODRIDO

Quiero decir con todo esto que una gran parte de los fenómenos sociales —entendiendo por sociales no como hasta ahora la lucha de clases sociales, sino todo lo que afecta a la configuración de la sociedad— que están sucediendo en Europa son invisibles movimientos de autocolonización, por cuanto siguen también el modelo americano de protesta. Son, en parte, reflejos provinciales de lo que sucede en la metrópoli. El «way of life» americano ha decepcionado a las nuevas generaciones en Estados Unidos y a las que, sin ser nuevas, tienen un agudo espíritu crítico —los intelectuales— o se encuentran en un estado de insoportabilidad —las clases menestero-

sas—, y esos movimientos se continúan en Europa como reacción contra los errores del «american way of life» implantado. El imperio americano se pudre en su raíz, la podredumbre alcanza a sus ramas. Que alcance también a sus enemigos designados no es extraño, porque en todo enfrentamiento cada parte asume algunas de las posiciones de su enemigo. No son éstos el momento ni el lugar de hacerlo, pero un estudio minucioso de la influencia mutua entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos durante los últimos años daría, probablemente, resultados sorprendentes. Por otra parte, los poderosos sistemas de información, difusión, propaganda y distorsión de cada uno de los adversarios

go y de apertura, y hoy mercantilizada, armada, fanatizada y convertida en instrumento imperial. Los «beatniks» asentados hoy en San Francisco de California, y sus rápidos herederos, «hippies» o «yippies», representan una forma de reacción. Se suele decir que es pasiva. Es un error. La pasividad es una forma de actividad cuando se realiza deliberadamente. La pasividad del «beatnik» no es una indiferencia, sino todo lo contrario: es una actitud violentamente forzada para ofrecer un muestrario visual y moral de todo lo contrario de lo que significa la sociedad americana activa, agresiva, superlimpia, puritana y organizada. Es un rechazo de la «americanidad». La extensión rápida por



El monopolio de la técnica americana, reflejada en la europea, se ha roto al aparecer las nuevas técnicas soviética, china y japonesa. Esto, unido a las mismas consecuencias que a veces produce esa técnica, lleva a un fenómeno de pesimismo...

han descubierto los fallos del otro, los han magnificado —cuando no los han inventado, pieza a pieza— de forma que las mentalidades menos críticas, más aptas a adquirir ideas hechas, se encuentran hoy en la perpleja situación de rechazarlo todo en bloque, lo uno y lo otro, y de homologar dos sistemas que sólo pueden ser identificados de una manera estructural y actual.

El movimiento interior americano ha comenzado, y se sostiene hoy, por una duda acerca de la «americanidad», del aprovechamiento por elementos rapaces del imperio de esta idea de «americanidad», antes sagrada, entroncada directamente con la deificación de la idea de libertad, de pluralidad, de diálo-

el mundo occidental —y aun por el mundo del Este—, del fenómeno «beatnik» y de sus ramificaciones es otro ejemplo de la autocolonización, en el sentido de que el «beatnik-reflejo» europeo responde frente a las clases dominantes autocolonizadas de sus países, y al mismo tiempo rechaza el imperio.

El pesimismo forma una parte poderosa de esta crisis de conciencia, de este «noventa y ocho» americano. Al contrario que el nuestro, no se relaciona con una pérdida de imperio, sino con su expansión. «En el año 2.000 de la era de Nuestro Señor Jesucristo, los Estados Unidos de América no existirán», escribe a la cabeza de un ensayo el filósofo Alan Watts,

profesor en el San José State College y autor de más de veinte libros. «No trato de hacer una profecía inspirada basada en una autoridad sobrenatural, sino que tengo una razonable sospecha. Los «Estados Unidos de América» pueden significar dos cosas absolutamente distintas. La primera consiste en un acierto territorial físico extendido en el continente norte de América, que incluye creaciones geográficas y biológicas tales como lagos, montañas y ríos, cielos y nubes, plantas, animales y personas. La segunda es un estado soberano político, que existe en competencia con otros muchos estados soberanos empujándose unos a otros en la superficie del planeta. El primer sentido es concreto y material. El segundo, abstracto y conceptual. Si los Estados Unidos continúan mucho tiempo existiendo en este segundo sentido, dejarán de existir en el primero. Porque la Tierra y su vida pueden hoy ser fácilmente destruidas, por los métodos repentinos y catastróficos de la guerra nuclear y biológica, pero también por cualquier combinación de medios insidiosos y rampantes tales como la superpoblación, la polución de la atmósfera, la contaminación del agua y la erosión de nuestros recursos naturales por medio de la errónea aplicación maníaca de la tecnología. Para completar la medida, añádanse las posibilidades de la guerra civil y racial, la autotruncación de las grandes ciudades y la rotura de todos los medios importantes de transporte y comunicación. Y ello será el final de los Estados Unidos de América en los dos sentidos».

LA "INFALIBLE" TÉCNICA

En este párrafo se ve largamente tratado un fantasma actual de los Estados Unidos: el mal uso de la técnica. Uno de los nombres que se puede dar a la enfermedad actual es la crisis de la técnica. La derecha conservadora la acusa de «desafío al buen Dios»; la izquierda espiritualista, como traición al humanismo; la izquierda materialista, como instrumento de dominación del poder mediante la «sociedad de consumo». Parafraseando lo que se decía del dinero, la meditación americana actual es que «la técnica no es la felicidad». Los albores del cientifismo al comenzar la revolución industrial produjeron ya esa sospecha de la que na-

en Europa son invisibles e inconscientes movimientos de autocolonización



«El automóvil, que le esclaviza en los embotellamientos y le mata en los fines de semana; el tren, gracias al cual pudo establecer su vivienda en las afueras y que ahora le esclaviza durante dos o tres horas al día... son aspectos cómicos de un mundo chaplinesco en el que, al final, se ve la polución de la atmósfera y de las aguas.»

cieron obras literarias como «Frankenstein». El complejo de «Frankenstein» se ha instalado en los Estados Unidos, y se hace todo lo posible para conjurarlo. La intensa preparación religiosa del prodigioso vuelo del «Apolo VIII» en torno a la Luna, con la elegida fecha de la Navidad, su abundancia de plegarias y las alusiones de los astronautas a la divinidad tienen una gran dosis subconsciente de mostrar la falta de deseo de desafiar las fuerzas sobrenaturales y evitar el castigo de Prometeo, pero esto no tranquiliza suficientemente las conciencias puritanas sino que, al contrario, las irrita. «Nos parece irreverente», exclaman (y lo ha escrito así un editorial del «Herald Tribune»). Pero no es este tema de la expansión espacial el que crea inquietudes metafísicas mayores. Son otros aspectos de la tecnología. La polución de la atmósfera y la contaminación del agua que cita Watts, la posibilidad del agotamiento del agua potable, son temas de mayor envergadura en la mentalidad americana, hasta un punto de angustia que es difícil imaginar en Europa donde, sin embargo, el reflejo de autocolonización reproduce fielmente algunos de estos fenómenos negativos.

Parece que en esta conjunción de acontecimientos sobre un sector cronológico que bautizamos un poco arbitrariamente Año Cero, uno de los fenómenos colectivos más importantes es el del final de las infalibilidades. Se empezó con el final de los dogmas, lo cual abrió un ancho campo a la expansión de ideas y exploraciones. Se ha continuado con el final de las infalibilidades. Para grandes sectores humanos esto ha equivocado a una tragedia. Grandes sectores humanos privados de una u otra forma del esfuerzo intelectual se habían instalado cómodamente en una posición de fe directa que excluía toda discusión y toda participación. Grandes sectores comunistas descansaban en la comodidad del «marxismo científico» que, por ser científico, no podía nunca errar. El carácter mesiánico de la personalidad de Stalin, la extensión del comunismo sobre el mapamundi y las realizaciones concretas y casi mágicas de los nuevos regímenes —la conversión de Rusia, el país más atrasado de Europa, en la U. R. S. S., a la cabeza de la técnica; la elevación de China, el país más atrasado del mundo, a su nivel actual— podían

La aparición de las nuevas técnicas soviética, europea, china y japonesa

ayudar a la instalación en la fe en la infalibilidad. Para los ciudadanos de los Estados Unidos, la infalibilidad reposaba, sobre todo, en la técnica. La infalibilidad del computador. Estos enormes, sensibles, delicados instrumentos que producen con mayor calidad que nadie en el mundo parecían destinados a realizar con mayor perfección que nadie el «arte de gobernar» que, finalmente, no es más que el término que Norbert Wiener dio con raíces griegas a una de las ramas de la automatización, «cibernética». Pero Norbert Wiener, además de un sabio científico de primera categoría, es un gran humanista. Wiener no ha cesado ni un solo momento de advertir a sus ciudadanos del peligro de esta fe en la técnica. «Todo aparato —escribe—, construido con objeto de tomar decisiones, si no posee la facultad de aprender, respetará la letra y no el espíritu. La desgracia caerá sobre nosotros si le dejamos gobernar sin haber examinado previamente las leyes de su acción y sin saber plenamente que los principios de su conducta son aceptables. Por otra parte, la máquina, como el genio, que puede aprender y decidir en función de su propio aprendizaje, no podría, en ningún caso, estar obligada a tomar decisiones tomadas por nosotros, ni las que nosotros podríamos aceptar. Para quien no tiene consciencia de ello, transferir su responsabilidad a la máquina, sea o no capaz de aprender, es lanzar su responsabilidad al viento y verla regresar traída por la tempestad». Los verdaderos hombres de ciencia de los Estados Unidos no han cesado de hacer advertencias en ese sentido. No han sido escuchados. Los computadores del Pentágono recibieron la transferencia de responsabilidad de una nueva guerra. Ha sido devuelta la siembra en el viento con la tempestad en el Vietnam. Los del Departamento del Tesoro se encargaron de la política económica y han recibido la nueva crisis monetaria.

LA DESCONFIANZA EN LA MÁQUINA

Esta nueva desconfianza en la máquina, cuya deficiencia había sido ya descrita antes por algunos observadores —Julio Camba, en «La ciudad automática», Duhamel, en «Visión del mundo futuro»— es patente en

la vida diaria. La pequeña anécdota del ciudadano irascible que, hace unos días, ha disparado su revólver contra los ciudadanos de un bar que se reían porque no obtenía tabaco de la máquina automática en que depositaba sus monedas —se había equivocado de máquina— es ligeramente ilustrativa. El americano comienza a mirar con odio la máquina doméstica. El automóvil que le esclaviza en los embotellamientos y le mata en los fines de semana, que ve desaparecer de su único aparcamiento posible porque la grúa se lo ha llevado, el tren gracias al cual ha podido establecer su vivienda en las afueras y que ahora le esclaviza durante dos o tres horas al día, la televisión que inunda de monotonía su hogar, son los aspectos cómicos de un mundo chapinesco en el que, al final, se ve la polución de la atmósfera y de las aguas. En un principio, hubo una confianza en que las modificaciones ecológicas de la técnica sobre el medio se siguieran unas a otras en el camino del perfeccionismo. Esta confianza se ha perdido. Se está perdiendo, simultáneamente, la confianza en el monopolio de la técnica. La aparición de la técnica soviética y, más tarde, de la china, ha comenzado a romper ese monopolio. La técnica europea no preocupa demasiado, porque es un reflejo americano y porque apenas ha comenzado a invadir su continente, más que como objeto de lujo o casi exótico. La presencia de «Volkswagen» en las calles de las ciudades es, por el momento, un término anecdótico. Pero la aparición de la técnica y la industria japonesas inquieta más. El más moderno rascacielos de Nueva York se está construyendo en Wall Street, pero lo están construyendo los japoneses, que han ganado el concurso abierto, y que están trayendo de sus islas la estructura metálica. La industria japonesa ha sido en parte una creación del dinero y de la técnica americanos, pero ahora crece enormemente y comienza a plantear el problema de la nueva generación que devora a la pasada. Con todos estos hechos, y en el ambiente de pesimismo, comienza a aparecer una horrible sospecha. ¿Y si no fuera la técnica en general la que fallase, sino «su» técnica, la técnica americana? Estos sentimientos se producen de una manera alternativa. El prodigioso éxito del «Apolo VIII» ha resta-

blecido una confianza nacionalista. Pero si mañana los soviéticos son los primeros en llegar a la Luna, en poner el pie en ella y regresar —lo cual, indudablemente, no está excluido—, volverían al galope el pesimismo y la autodesconfianza. En esta dacha escocesa que les lleva de la sima a la cima y viceversa están viviendo los americanos desde hace muchos años, exactamente desde el día en que la U. R. S. S. anunció su primera bomba atómica y la hizo estallar.

DE JOHNSON A NIXON

La conjunción de estos síntomas ha hecho pensar en un final de imperio. Hace algún tiempo una revista popular publicó párrafos del clásico libro de Gibbon sobre el ocaso y final del Imperio Romano ilustrándolos con fotografías de la vida pública y política de los Estados Unidos, para señalar un malévolo paralelo histórico. El filósofo de la historia Toynbee, especialista en ciclos históricos, ha expresado también su sospecha de que el «ciclo americano» toca a su fin. No han faltado paralelos —asombrosamente idénticos—, entre la guerra del Peloponeso, que acabó con Atenas, y la del Vietnam. El historicismo trata siempre de sacar leyes generales y aplicarlas a situaciones. Generalmente, la política se deja fascinar también por el ejemplo de las situaciones históricas y trata de no caer en la repetición negativa. Esta obsesión es, a veces, funesta. La política y la estrategia americanas en el Vietnam, por ejemplo, han tratado siempre de evitar una repetición de las circunstancias de Dien-Bien-Fu, que costó la derrota definitiva del ejército francés. Pudo apenas evitarla en el cerco de Khe Shan, pero a costa de tal estremecimiento psicológico que aquel cerco ha marcado grandemente las circunstancias de la guerra. Y, sin embargo, sin necesidad de un Dien-Bien-Fu, ha perdido esa guerra —o, por lo menos, ha dejado de ganarla— por otros medios. El estudio de los movimientos políticos de Estados Unidos en la posguerra nos pueden llevar a la conclusión de que todos los esfuerzos se han dirigido a crear un imperio sin riesgos, un imperio que no se pudiera desmoronar como los antecesores en la historia, y que no arrastrase a la metrópoli en su «decline and fall», con las palabras de

Gibbon. El mejor esfuerzo en ese sentido es el de Kennedy. El suyo hubiese sido el «imperio benevolente» y, sobre todo, el imperio que se podía llegar a perder sin ningún daño en la metrópoli. Pero incluía la idea de que ese imperio «se podía llegar a perder», lo cual no estaba inscrito aún en la mentalidad de las grandes zonas imperialistas del país. El escamoteo de Kennedy y su sustitución por Johnson cambió velozmente el signo. El imperio dejó de tener el objetivo de ser benevolente y de poderse abandonar. Los años de Johnson han sido probablemente los peores —hasta ahora—, de la historia americana. No se puede culpar a ese subproducto de la política americana, que ha tenido que romper la tenacidad y la persistencia típicas americanas para retirarse sin combatir por un segundo período presidencial. Johnson seguía unas líneas de fuerza, y son esas líneas de fuerza las que se han roto. Ni siquiera su retirada es suya. Es la de esas líneas de fuerza.

La aparición de Nixon pretende renovar el semblante de la política americana. Maltratado por la vida política, objeto antiguo de las iras de la prensa, elegido Presidente por un puñado de votos emitidos con desgana por unos electores fatigados, sin brío, en unas elecciones apáticas en las que el aire de fiesta que los Estados Unidos han dado siempre a sus acontecimientos políticos aparecía como falso y fatigado, este hombre demasiado conocido trata de cumplir el supremo esfuerzo de renovación y de novedad. No se puede excluir que lo consiga. Sus primeros movimientos previos, incluso la forma en que ha llevado la campaña, son inteligentes. Se ha colocado en torno a él un equipo eficaz. Se puede advinar lo que va a pretender ser la política de Nixon —o que llevará el nombre de Nixon—, por lo que ha pretendido ser la de Johnson en sus días testamentarios: retirada del Vietnam, apaciguamiento forzoso de Oriente Medio, reforzamiento de la coexistencia con la U. R. S. S., equilibrio de esa coexistencia con la China, reducción en los gastos de «alianzas». Y un intento de reconstrucción de la unidad perdida en el país mediante la inyección de un nacionalismo interior, de fronteras para adentro, un proceso de reconstrucción de la «american-

nesa, ha destruido el monopolio infalible de la técnica norteamericana



El "way of life" americano ha decepcionado a las nuevas generaciones en Estados Unidos y a las que, sin ser nuevas, tienen un agudo espíritu crítico, como los intelectuales, o se encuentran en un estado difícil, como las clases menesterosas...

dad», tema este último para el cual Nixon está muy bien preparado por su espíritu conservador y por su condición de ultramericano. Pretenderá oponer unas ciertas formas de nuevo humanismo nacional al ensueño de la «felicidad por la técnica». Esa tendencia parece estar indicada en el nuevo Gobierno que se ha incorporado con él al poder. Las nuevas líneas de fuerza de los Estados Unidos parecen seguir esas tendencias. Un Presidente de los Estados Unidos es, hoy, un gran empleado de relaciones públicas, el hombre que tiene

que dar rostro y aspecto, etiqueta y embalaje, a una política, de forma que sea bien aceptada y bien acogida por el consumidor. Hasta ahora, Nixon está embalando bien esa política, y el reticente compás de espera que le está concediendo el país parece teñido de unas leves formas de esperanza. El objetivo final sería que la posible caída del imperio no sólo no produjera la caída de la metrópoli, sino que, por el contrario, la reforzase, que los Estados Unidos tuviesen peso en el mundo sin necesidad de ejercerlo

y, en suma, que el imperio del «gran bastón», el imperio «benevolente», pudiese ser sustituido por una especie de «imperio admirativo», de imperio de prestigio.

¿Es demasiado tarde? ¿Han sido excesivamente funestos para la historia americana los cinco años de Johnson? ¿Está superada la fuerza americana por las mil fuerzas que han aparecido en el mundo, dentro y fuera del país, para rechazar el imperio? ¿Es Nixon capaz de crear el ambiente necesario? Los acontecimientos de que

está cargado el futuro inmediato, ¿van a permitir que se realice su política? ¿Puede haber otras fuerzas interiores en los grupos de poder que destrocen el intento, como destrozaron el de Kennedy? Se podría situar aquí una serie de preguntas inquietantes mucho más larga. Nixon y los Estados Unidos están tratando de colocarse en las tendencias del Año Cero. Pero el cero es la cifra más inquietante del calendario político. Se sabe lo que acaba con él. No se sabe lo que empieza.

■ E. H. T.